

GUSTAVO MARTÍN GARZO

El pequeño heredero

Barcelona, Lumen, 1997, 308 p.

Si tenemos en cuenta las dos últimas novelas publicadas de Gustavo Martín Garzo, *El pequeño heredero* y la magnífica *La vida nueva* (1996), respecto de *El lenguaje de las fuentes* y *La princesa manca*, podemos observar cómo la fantasía va cediendo terreno a la realidad sin que ello signifique una renuncia a lo fantástico o mágico por parte del novelista —no sólo porque es una seña de su identidad creativa sino también porque forma parte de su concepción personal de la ficción—. Al contrario, la dosificación del elemento mágico o fantástico contribuye al aumento de sus efectos desestabilizadores sobre lo narrado. Es decir, en estas últimas novelas la calculada manifestación del elemento fantástico aumenta la tensión narrativa y agudiza el misterio en torno a los hechos o argumentos que se desarrollan en la novela, unido al efecto de intriga sobre el final, que ya es habitual desde sus primeros escritos y también en *El pequeño heredero*, en la que, conforme nos acercamos al final, más desconocemos su posible desenlace que, por otra parte, no va a aportar mucho más a cuanto nos ha ofrecido ya la obra en su desarrollo. En *La vida nueva*, en cambio, el final era necesario para conocer la razón por la que la protagonista se encuentra en una delicada situación y la decisión que, tras el balance de su vida, va a acabar adoptando. En ambos casos son finales abiertos, en el sentido de que dan comienzo a nuevas situaciones en la vida de sus protagonistas. Y es que, como en las buenas novelas, es decir, en las que los personajes están perfectamente trazados y desarrollados con profundidad y que, por tanto, llegan al final de la novela transformados por los acontecimientos más o menos extraordinarios o cruciales que han experimentado, los personajes de las obras de Gustavo Martín Garzo tienen la capacidad de dejarnos ante una nueva interrogación: cómo van a conducir sus vidas en adelante, dónde les va a llevar la experiencia de los acontecimientos desvelados al lector.

Si *La vida nueva* es una novela sobre el amor y sus formas de mostrarse y comportarse, su naturaleza y su rareza, *El pequeño heredero* es también otra historia de amor, de la capacidad de amar de un niño, y también de la percepción del mundo por parte de éste, el vuelo libre de su imaginación, la docilidad que muestra con los adultos, la incompreensión ante el comportamiento de éstos, las conversaciones que no es capaz de seguir, la aceptación a veces de lo absurdo o de lo que no puede entender y otras, casi siempre, la tristeza ante lo que no puede explicarse y no le explican, evidente signo del final de la infancia.

El pequeño heredero, esta historia singular, se nos narra desde la distancia, en tercera persona —a excepción de un capítulo en primera persona que reproduce una carta por medio de la cual conocemos una de las historias más relevantes de la novela—. Evidentemente, la utilización de este punto de vista viene marcada por la condición del protagonista que, al tratarse de un niño, no tiene la capacidad de narrar lo que le acontece; sin embargo, este narrador no renuncia a la facultad de conocer sus más íntimos pensamientos y reflexiones y verterlas en el texto. En cambio, en *La vida nueva* el narrador y el personaje coinciden en una primera persona, un sujeto femenino que parte de un presente marcado por una situación límite, una huelga de hambre, que prácticamente le obliga, ante la proximidad de la muerte, a recordar su vida, a hacer balance; y sólo al final de la novela, los lectores conocemos las razones y circunstancias que le han llevado a ese extremo.

El punto de vista del narrador obliga, en cierto modo, a ofrecer una mirada más amplia que la de la personal introspección que desarrolla *La vida nueva*. En *El pequeño heredero* —aunque las novelas de Gustavo Martín Garzo no necesitan de una precisa ubicación temporal porque son atemporales los temas que desarrollan— sin embargo, sí que se sitúa la acción en un tiempo concreto, en la más inmediata posguerra, y un lugar determinado, un pueblo cercano a Valladolid, Villabrágima. Todo el pueblo se convierte en protagonista en la medida en que este niño enlaza y relaciona las vidas de sus habitantes y, poco a poco, se impone la atmósfera axfixiante del pueblo que se contrapone a esa naturaleza casi salvaje o cruel que les rodea, llena de rumores que se escuchan como presagios.

Otro de los rasgos que destacan en la novela, que también es una constante en la novelística de Gustavo Martín Garzo, es la marcada presencia femenina. El niño, en su búsqueda del amor, opta por acercarse al mundo femenino, al que contempla y escruta desde su ignorancia, como un mundo aparte, delicado y



contrapuesto al mundo masculino en el que ve encarnada la rudeza y crueldad humana. Se describe la situación de la mujer, su falta de libertad, sus anhelos más profundos, sus deseos de dominación, de ejercer su poder sobre el hombre y la amistad entre mujeres, que tanto misterio y fascinación ejerce en el niño. La otra protagonista de la novela, Reme, la que deposita su herencia en el niño, es una adolescente que despierta al amor y la atracción hacia los hombres, y que experimentará la crueldad que puede ser capaz de desarrollar el amor, también presente en *La vida nueva*.

Tal como podemos observar, cada una de las novelas de Gustavo Martín Garzo, a pesar de sus novedades y de constituir historias tan divergentes, pueden siempre reducirse a las que él mismo considera sus obsesiones personales, a esos dos sentimientos que pueden ser tan contrapuestos como coincidentes: el amor y el mal. Y, al final, siempre hay algo que tiene que ver con lo prodigioso, que forma parte del misterio de la vida, que acaba por salvar la situación más desesperada. En torno a este algo innombrable e indescriptible, en un intento vano de cercarlo, se articulan sus necesarias novelas.

ROSA M^a BELDA
Universitat de València